

Sangonera la Verde: un patrimonio por descubrir (II)

LAS CASAS ALTAS DE TORRE GUIL

TALLER DE HISTORIA DE SANGONERA LA VERDE. Curso 2014/2015



Introducción

Recorreremos en esta salida del Taller de Historia de Sangonera uno de los escenarios que, con bastante frecuencia, enmarca recuerdos y narraciones de los que el grupo comparte semanalmente en las sesiones del centro cultural. Se trata de la conocida finca de Torre Guil, una de las que mayor extensión e importancia tuvieron de cuantas configuraban el territorio de la pedanía; pero en concreto lo haremos por su zona más elevada, llegando a las conocidas como Casas Altas, metidas prácticamente en la sierra. El paraje, cuya escasa accesibilidad no impediría apostar por obtener también allí el anhelado rendimiento agrícola de la tierra, se encuentra a unos tres kilómetros del casco urbano y aún hoy resulta imposible llegar en vehículo. La necesidad hacía que hasta aquí subieran para trabajar de sol a sol muchos vecinos, o para recoger leña, o cazar alguna liebre de forma furtiva; no importaba la distancia, ni que se tratara de un entorno ciertamente cargado de dureza. Nuestra benevolencia con el lugar se acrecienta al contemplarlo pasado el tiempo, dulcificado por la memoria y por la vinculación a algunas manifestaciones lúdicas y festivas a las que antaño sirvió de marco. De todo ello hablamos en nuestro camino, pues de una forma o de otra, las Casas Altas aparecen en la biografía de ininidad de sangonereños y jornaleros foráneos cuya vida giraba en torno al milagro de mantener fecunda una tierra tan extrema. Y de hacer suyo un paisaje, sin poder serlo del todo.

La rambla del Pocico

Iniciamos el recorrido desde la ermita de la Cruz, un enclave sacralizado desde tiempo inmemorial y en el que cada mes de mayo el barrio de El Palmeral celebra sus fiestas. Cuentan que aquí hubo primero una sencilla cruz de madera, luego se sustituyó por una de hierro, más tarde se edificó una recoleta capilla y hoy se levanta en el mismo sitio un moderno y amplio templo que da servicio religioso a los vecinos de la zona.

La ermita se asoma a la rambla del Pocico, que impetuosa desciende precisamente de las Casas Altas cortando como un cuchillo la falda de Carrascoy. Su curso va buscando el llano del extenso campo de Sangonera, en dirección a El Palmar. Cuentan que en el talud de la rambla, hasta no hace muchos años, se distinguían cerca de una veintena de aberturas correspondientes a cuevas antaño habitadas; es por ellas que muchas veces se haya denominado a la zona de El Palmeral como Cuevas del Pocico, sobre todo entre los más ancianos, pues eran muchos más los que habitaban en aquéllos refugios robados a la montaña que los que habían conseguido edificar una vivienda. Una de las más antiguas construcciones que el grupo ubica en este lugar, junto a la rambla, era la llamada Casa de las Monjas. La recuerdan bastante grande y se llamaba así por haber pertenecido a las religiosas clarisas, orden a la que quedaría vinculado tanto el edificio como sus terrenos aledaños tras tomar el hábito de la congregación quien era su propietaria, Juana Fontes Abad, allá por 1809¹.



La rambla del Pocico desde la ermita de la Cruz

¹ “Mujeres, iglesia y secularización: el Monasterio de Santa Clara la real de Murcia en el tránsito de la Ilustración al liberalismo (1788-1874)” - Juan Bautista Vilar, M^ª José Vilar; Editum (2012).

Pero no será hasta el siglo XIX cuando la gran finca conocida en su conjunto como Torre Guil empiece a adquirir la importancia que tanto ha trascendido hasta nuestros años. Lo hará de la mano de otra familia, los D'Estoup, saga de comerciantes llegados a Murcia desde el sur de Francia atraídos por el negocio de la seda. Los D'Estoup aparecen como dueños de tan inmensa propiedad a lo largo de dicha centuria y todo apunta a que fue D. Trifón Mariano D'Estoup Pericola quien, además de llegar a ser regidor municipal y diversificar sus negocios industriales, inicie la transformación de la finca tratando de aumentar al máximo su productividad. Reflejo de dicha intención es que ya realizara en ella obras que en su testamento quedaban valoradas en 500.000 reales de vellón, una cantidad realmente importante en la época. No menos empeño debió poner su hijo Manuel D'Estoup y Cayrón, quien la heredó, pasando después a manos de otra familia, la González-Conde, de la que hablaremos más adelante³. Como curiosidad, en 1871 y siendo aún dueña la viuda de Manuel D'Estoup, en ella se pondría en práctica el uso de unas novedosas segadoras de brazo automático y de tracción animal, pero conducidas por un solo hombre: *“Es una prevención mal entendida y contraria a un principio de economía política la creencia errónea que sostiene la rutina, de que las máquinas perjudican a las clases obreras. Todo lo que el hombre por su inteligencia economice en fuerza, arrancándola de la naturaleza, es grandemente provechoso para la industria y la agricultura”*, celebraba el diario La Paz en referencia a la puesta en marcha de tales avances⁴.

Otra noticia de prensa catalogaba Torre Guil en 1882 como *“el mayor establecimiento agrícola que existe en la provincia”*. En la descripción que se hacía de ella se destaca entre sus dependencias la almazara y los grandes depósitos para el aceite, siendo la producción principal de la finca; su excelente calidad quedó refrendada años después con la obtención de una Medalla de Oro en la Exposición Universal celebrada en Barcelona en 1888, llegando a ascender la cotización del preciado oro líquido de Torre Guil a nada menos que 14 pesetas la arroba. La misma crónica señalaba la existencia en la finca de aljibes, graneros, pajares, cuadras, secaderos de higos (otro de los productos de mayor recolección), y hasta una bodega y lagar para el prensado de uva. Y tampoco faltaban en la propiedad talleres de carpintería, herrería y carretería, donde se mantenían a punto maquinarias y carruajes⁵.

En 1888 ya consta como dueño D. Diego González-Conde, diputado y jefe del partido conservador de Murcia, sucediéndole su hijo Joaquín hasta el estallido de la Guerra Civil. A partir de entonces, ligado al proceso de confiscación y colectivización de las tierras, Torre Guil se convertiría en un centro de acuartelamiento del ejército republicano⁶. En alguna sesión del Taller se ha recordado que, durante la contienda, se formaban largas filas de mujeres y niños del pueblo a la puerta de la finca: pedían el sobrante del rancho que diariamente se cocinaba allí para centenares de soldados.

³ Información obtenida en www.regmurcia.com (La familia D'Estoup y Las Torres de Cotillas).

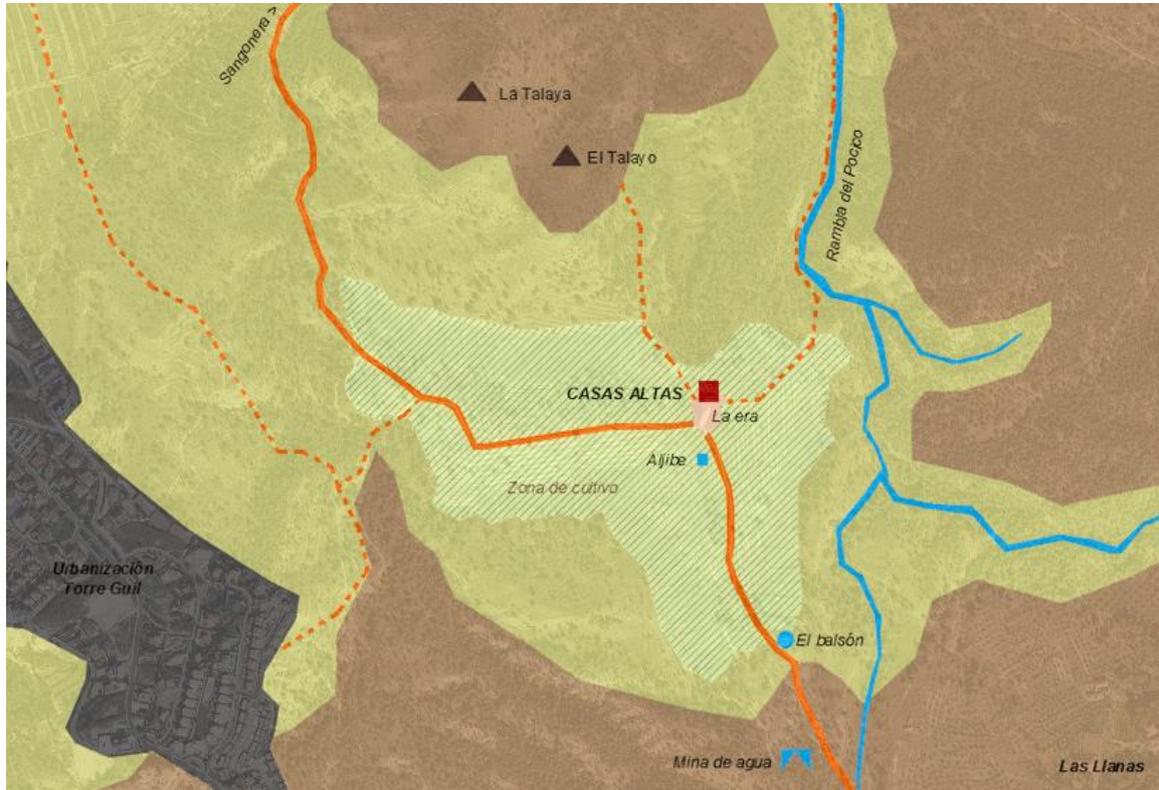
⁴ La Paz de Murcia (17/5/1871).

⁵ La Paz de Murcia (25/10/1882), La Paz de Murcia (5/12/1888), Las Provincias de Levante (3/1/1899).

⁶ La Verdad (17/4/1935), El Liberal de Murcia (16/11/1937).

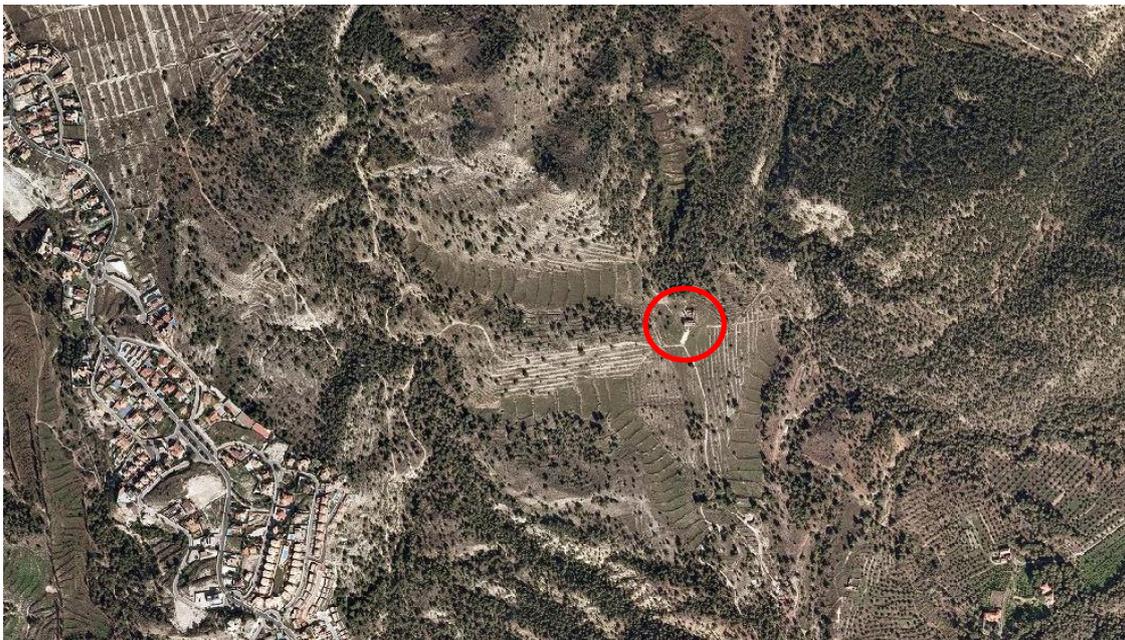
Finalizada la guerra la propiedad fue devuelta a la familia González-Conde, pero iniciándose ya un proceso de reparto entre los distintos herederos que acabó fragmentando definitivamente la finca. Después llegarían los años de las grandes inversiones de manos de otros nuevos propietarios, como los hermanos Echevarría, los Burruezo o la empresa Hortícola del Guadalentín, abriendo pozos y transformando la mayor parte del secano en parcelas de regadío. La producción se diversificó, especializándose desde entonces en el cultivo de melocotoneros, ciruelos, parrales y cítricos, precisando también de una nutrida mano de obra cubierta mayoritariamente por sangonereños. De igual modo proliferó la crianza de ganados, destacando la de cheros y caballos, para los que se reservaban enormes superficies sembradas de alfalfa. En el transformado vergel de Torre Guil se llegó a filmar un documental ensalzando el resultado de aquella nueva etapa, siendo proyectado entre otros lugares en el cine Nogueral de Sangonera.

Hoy son muy pocas las parcelas que siguen en producción, encontrando en nuestro camino la mayor parte de ellas tomadas por la maleza. En 1986 unas 636 hectáreas de la finca, correspondientes a la parte conocida como Majal Blanco, fueron cedidas al Ayuntamiento de Murcia para mantenerlas como espacio protegido integrado en el parque natural de El Valle-Carrascoy; un destino diametralmente opuesto depararía al área que hoy ocupa el residencial Torre Guil, urbanizado desde aquellos mismos años.





Vista aérea de las Casas Altas en 1956



Vista aérea de las Casas Altas en 2009

La función de los guardeses

Nuestro itinerario deja atrás las últimas zonas de cultivo extendidas a lo largo y ancho de la ladera y sigue ascendiendo, encajándose en la montaña mientras se flanquea de pinos y carrascas que procuran sombra y hacen agradable la subida. Va bordeando dos de los montículos más emblemáticos de este paisaje, el Talayo y la Talaya, cerros hermanos cuya silueta preside de ahora en adelante el trayecto, sirviendo de referencia geográfica en esta parte de la sierra a generaciones de sangonereños. Cuentan que en sus laderas se encontraron restos de un asentamiento argárico, revelando que este fue un lugar habitado desde la más remota antigüedad.



El Talayo y la Talaya

Si hoy el paraje nos produce cierta sensación de aislamiento, más aún debiera parecerles a quienes residían durante todo el año en los desperdigados caseríos que por aquí había: entre otros muchos, Los Arejos, Las Garitas, Los Rufos, Cañá Molina, Casa de la Balsa, Casa de la Fuente del Perro... y las Casas Altas a las que nos dirigimos, sitios todos cargados de historias y de vida, hoy deshabitados. En ellos pasaron la mayor parte de su existencia quienes tenían la importante misión de vigilar los cultivos y mantener en buenas condiciones las distintas haciendas que aglutinaba una finca tan enorme: los caseros y sus familias, oficio que se heredaba de padres a hijos y en el que todos los miembros colaboraban de alguna manera. *Los Caliches, Los Peretes, Los Marijuanos, Los Rojos o Los Tirillas*, son apodosos recurrentes en las historias que se cuentan sobre el trabajo en Torre Guil. Y es que todos mantuvieron en sus familias este cometido, convertidos muchas veces en el único nexo de unión entre el propietario o el encargado que necesitaba temporeros y la inmensa mano de obra que jornaleros de Sangonera y de otras muchas procedencias ofrecían.

Los guardeses solían recorrer la finca a caballo e iban armados normalmente con un fusil. Su trabajo no era sencillo y a alguno le costaría la vida el desempeño del mismo, como aquel que cayó abatido en 1881 a manos de unos leñadores furtivos. Otras veces era parte de la cosecha lo que robaban, o el aceite ya almacenado⁷, provocando el enfado del propietario y que éste cuestionara la efectividad del supervisor en cuestión. Mantener el puesto reportaba una casa en la que cobijar a la familia y alimento permanente del que producían los campos, el ganado o la caza, privilegios que no estaban dispuestos a perder por no ser estrictos con quienes nada de aquello tenían y se adentraban sin permiso en los límites de la hacienda, aunque fuera con la simple intención de poderse llevar algo a la boca.

⁷ Diario de Murcia (26/11/1881), Las Provincias de Levante (30/10/1894), La Paz de Murcia (9/4/1890).

El suegro de uno de los miembros del Taller subía a esta zona a recolectar piñas (de las que estaban en el suelo, para hacer fuego y encender el horno) y lo tenía que hacer a escondidas, de noche, porque si lo veía el guarda no se solía andar con contemplaciones. Debía ser mucha la gente de Sangonera cuya necesidad les empujaba a entrar en Torre Guil a por leña, tomillo o *hierba buscá*, pero si eran descubiertos, de inmediato les quitaban lo que pudieran llevar para pegarle fuego allí mismo, volviéndose al pueblo con nada más que una buena reprimenda... o con alguna pedrada, que era como se ahuyentaba a quienes trataban de colarse entre los bancales en busca de brevas o cualquier otro fruto que colgara de los árboles. Tampoco serían todos los dueños tan estrictos ni actuarían siempre los guardas de forma inflexible, pues hay quien recuerda a algunos que, conscientes de la penuria que atravesaban muchas familias, hacían la vista gorda y hasta indicaban por dónde se podían recolectar los mejores productos. O la mujer de otro casero que, a escondidas, regalaba hogazas de pan a quienes veía pasar por allí con más hambre que mala intención.

Imaginándonos el día a día en estos parajes y por semejantes caminos, recuperamos pasajes del testimonio escrito aportado al Taller en un curso anterior por Francisco Iniesta Jiménez, hijo de los últimos caseros que estuvieron viviendo precisamente en las Casas Altas. Él había nacido en el propio casón y significativa es la anécdota de cuando su madre se puso de parto, bajando el padre al pueblo a toda prisa buscando partero; cuando subió ya había dado la mujer a luz: a él y a su gemelo, pues vinieron dos. Relata Francisco que sus padres sólo iban a Sangonera cada ocho o diez días y a ellos, como críos que eran, los metían en las aguaderas de la burra como todo medio de transporte.

Esta misma ruta seguirían igualmente los carros que bajaban las cosechas producidas en las Casas Altas hasta el edificio principal de Torre Guil, donde se almacenaban. Alguien recuerda al *Tío Cano Trabuco* como uno de los trabajadores de la finca que precisamente se encargó durante muchos años de acarrear portes con sus caballerías, las mismas que acabaron relegadas por los modernos tractores en los años finales de la actividad agrícola en esta zona.



Las Casas Altas, haciendo honor a su nombre

El pinar se separa nuevamente del camino, abriéndose el paisaje en torno a una amplia llanura tomada por matorrales. Con claridad se dibujan ante nuestros ojos lo que en otros tiempos fueron parcelas en plena producción, ocupadas entonces por olivos, almendros, garroferos, vid y cereal, principalmente. Atendiendo a la cartografía, calculamos que serían unas 25 hectáreas las que se podían cultivar aquí, importante fracción de la finca que, aunque aislada del resto, se supo acondicionar para ponerla en rendimiento. La oportunidad brindada por la suavizada orografía de este rincón de la sierra se vería acompañada, como veremos más adelante, de la existencia de un manantial con el que se podía regar toda esta extensión. El milagro no sólo reportaría importantes rentas a los propietarios, sino la posibilidad de dar trabajo a más temporeros. Hasta los años 60 del pasado siglo, como bien sabe por experiencia algún miembro de nuestro grupo, hasta aquí podían subir cuadrillas de treinta o cuarenta jornaleros.

Nos encontramos a unos 250 metros de altitud y al fondo, sobre la meseta que domina la vasta extensión cultivable, por fin emerge el caserón que da nombre al lugar: las Casas Altas. El edificio, abandonado y parcialmente derruido, se compone de un volumen principal de dos plantas, tras el que se abre un gran patio rodeado de otras dependencias, como varias cuadras y un palomar. Su antigüedad debe rondar los doscientos años, ligándose su origen a la época en que Torre Guil estaba controlada por la familia D'Estoup. La planta baja era donde de forma permanente vivían y desarrollaban sus quehaceres los caseros, quedando reservada la superior para cuando venían los señores. Sabemos que en la finca Los Labradores, también en Sangonera, ocurría lo mismo: José Sánchez *El Tuso* y el *Tío Tomás Aniorte*, encargados de aquella hacienda junto a sus familias, contaban que la planta primera del caserón estaba reservada a quien ellos denominaban "*la señorita*". En efecto estas casas de labranza, o al menos las más importantes y mejor ubicadas, se solían concebir además como residencia de verano de los propietarios. Pasaban en ellas largas temporadas, muchas veces en compañía de ilustres invitados y, de alguna manera, la situación daba la oportunidad a los caseros de mostrar su buen hacer ante los ojos del patrón y consolidar su confianza. Francisco Iniesta, por ejemplo, enmarca su relato en el tiempo que ya eran dueños de la finca D. Joaquín González-Conde y su esposa Dña. Adela, a quienes recuerda con cariño.





El edificio principal tiene unas dimensiones aproximadas de 20 metros de fachada por 9 de fondo, lo que nos da una idea de su gran capacidad. El gran portón de la entrada confirma que por aquí pasaban los carros y caballerías, para ser conducidas hasta el patio. Y en la planta de arriba, restos de molduras en los muros revelan el toque señorial, aunque escueto, que probablemente debieron tener las estancias. La ruinoso realidad del inmueble nos muestra la desnudez de los materiales con los que fue construido, remitiéndonos a un catálogo de materias primas inmediatas a este entorno: la piedra de la sierra en el alma de sus recios muros de mampostería, el yeso de las cercanas canteras y hornos del Majal Blanco como revestimiento, la madera de los pinos convertida en colañas y carpinterías, o el cañizo de los cauces cercanos y esparto trenzado para configurar los forjados.

Frente a la construcción se extiende una era, el lugar destinado no sólo a la trilla, sino a muchos otros menesteres. Hoy lo contemplamos como el ámbito donde realmente confluía la vida en este universo apartado: la plaza imaginaria de un pueblo que nunca existió, centralizando de alguna manera el quehacer cotidiano de generaciones de personas que por aquí pasaron. En la era confluyen además el camino que nosotros hemos recorrido, el que baja por el lecho de la rambla del Pocico y otros de servicio de la finca que conducen hasta sus confines. Hay quien recuerda las paleras que salpicaban su perímetro, delimitación campestre que también ofrecía su succulento fruto llegado el estío. O el secadero de higos que, como hemos podido saber, existía en sus aledaños. Y un poco más allá, entre la maleza, se adivinan las formas redondeadas del vaso de un aljibe que era el que daba suministro a la casa.



Patrimonio hidráulico



Desde la era tomamos el sendero que se dirige hacia Las Llanas, finca que linda con Torre Guil. Nos encaminamos a la balsa donde se almacenaba el agua que servía para regar todos estos dominios, situada a un kilómetro escaso de la casa. Su vaso tiene unos 15 metros de diámetro y una profundidad aproximada de 4 metros, mostrándose ante nuestros ojos tan enorme como vacío. Se abastecía de una mina de agua que se halla en sus inmediaciones, siendo conducida desde el manantial hasta el depósito por unos canales cuyo trazado hoy está muy desdibujado. Parece ser que la entrada a la mina la demolió su último dueño, con objeto de evitar riesgos a quienes suelen deambular por la zona disfrutando del monte.

Partiendo de la balsa, el agua se repartiría por medio de una extensa red de canales labrados en el terreno que llegaba a todos los rincones cultivados del entorno de las Casas Altas. Estamos sin duda ante un buen ejemplo de ingeniería hidráulica en el ámbito más rural, importantísima faceta del rico patrimonio que nos ofrece este territorio, tan esencial en el pasado como hoy dejado perder.



Una integrante del grupo, en el balsón, ayer y hoy. Al fondo, las Casas Altas, el Talayo y la Talaya.

La faceta lúdica del lugar

Hablar de las Casas Altas no implica hacerlo exclusivamente en lo referente al duro trabajo agrícola desempeñado en sus bancales, a la apartada vida de los caseros o al interés económico que movía a sus propietarios. Este paisaje cuenta además con esa cara amable e intangible que lo reconcilia con cualquier vecino que, quizá en sus años de infancia y adolescencia, haya pasado en él horas felices y despreocupadas envuelto en el ambiente distendido al que nos invita toda fiesta. Y es que precisamente a las Casas Altas acudían los vecinos de Sangonera la Verde en sus *giras*, celebración que consiste en subir al monte o salir al campo cercano para comer o merendar en compañía de familiares y amigos. Especialmente lo hacían mujeres, niños y jóvenes, y en Sangonera había dos días en los que se *giraba* y eran considerados como festivales locales: San Antón (17 de enero) y la Candelaria (2 de febrero).

Además de servir de cierre al ciclo navideño, se trata ciertamente de dos fechas clave en el calendario murciano más ancestral: una vinculada a la vida ganadera y pastoril, con la que precisamente Sangonera tiene fuertes y antiguos lazos (de entrada, como pueblo emplazado al paso de una vía pecuaria); y otra relacionada con la cristiana costumbre de presentar los niños a la Virgen. No eran desde luego celebraciones tan masivas como las de la Reina de los Ángeles, a las que sí acudían todos los sangonereños en pleno, pero estas del monte resultaban muy alegres y populares para quienes las disfrutaban. La gente se llevaba todo lo necesario para comer allí y algunos recuerdan que, los que tenían moto, acarreaban las capazas y aperos más pesados por el camino que conducía hasta el paraje, mientras que los demás subían andando directamente por el cauce de la rambla del Pocico. Se solían hacer migas o arroz y, si alguna vez se les olvidaba llevar cucharas, utilizaban cascos de cebolla para llevarse la comida de la sartén a la boca. Lo importante era la convivencia y pasarlo bien.



De gira en las Casas Altas, año 1970

Con la sonrisa que regala el recuerdo de anécdotas de aquellas jornadas de fiesta en las Casas Altas, iniciamos nuestro regreso a Sangonera. Atrás dejamos un lugar que, como decíamos al principio, ha sido protagonista en la vida de muchos vecinos del pueblo. Nuestra labor en el Taller no ha de ser otra que la de desempolvar, compartir y dar un poco de brillo a todo este patrimonio antes de que el viento y el olvido los arrastren para siempre. Y en ello estamos.



Salida realizada el día 11 de marzo de 2015

Miembros del Taller de Historia de Sangonera la Verde

Gabriel Nicolás Vera (monitor)